

Zweig, la biografía más notable que conocemos. Ni Ludwig, con su «Napoleón», ni Maurois, ni Satrachev, los mejores biógrafos contemporáneos, han alcanzado a la penetración tan absolutamente completa, al conocimiento tan profundo y cabal, de un personaje biografiado, como Zweig. Ninguno, además, posee un lenguaje tan ardido y apasionante, como el autor de «Amok».

Si con esta glosa consiguiéramos incitar a la lectura de esta obra, estaría desde ya plenamente justificada. Por lo demás, son esas nuestras aspiraciones.—A. T.

## POESIA

HAZ, por *Aristeo Martínez de Aguilar*.

Formato grande, buen papel, muchas, demasiadas páginas en blanco; un prólogo breve, y, como consecuencia, como justificación de él, unos versos también breves, escasos que sirven como adornos, como viñetas para que el libro no resulte completamente en blanco. Por el momento se le puede agradecer a Aristeo Martínez de Aguilar la brevedad, la sobriedad en la cantidad que hace posible leer su obra (1) en cinco minutos, lo que impide que el lector siquiera arrugue el ceño. Sin duda, como sistema no es aconsejable hacer libros de esta manera, aunque es lo más fácil para pasar por autor. En una página se escribe una palabra: HAZ, en este caso. La página que continúa, en blanco. La del frente, con estos versos bien al centro; con sabiduría tipográfica, equidistante de las cuatro esquinas de la hoja:

Haz de dos colores  
y alegrías.  
Cosecha del camino:  
espigas ya maduras,  
segadas por mi mano  
en la amplia  
sementera  
del destino.

---

(1) Editorial «Boi». México D. F. 1933.

La página siguiente, en blanco, la del frente, con dos palabras. Y así el libro.

En cuanto al contenido de «HAZ» es también sobrio; pero sobrio no en el sentido de virtud interior que representa esta palabra, no en lo que ella significa de contención sabiamente buscada y alcanzada, sino de una sobriedad obligada que, por lo mismo pierde sus condiciones estimables, o más bien, su pristino y auténtico sentido. No es sobrio, por ejemplo, el individuo que careciendo de capacidad adquisitiva suficiente no satisface con regularidad las naturales necesidades de alimentación. Sencillamente, se ve arrastrado a ello por ausencia de medios. Es lo que le sucede, en el terreno lírico, a Aristeo Martínez de Aguilar. No es sobrio sino que padece de inopia. No es contenido, no posee la virtud de limitarse, aunque aparenta tales cualidades, sino que su capacidad expresiva no da para más. Cualquier ejemplo basta. Veamos, entonces, su poemita «ESPOSA»:

Receptáculo de vida  
y de porvenir;  
oasis de paz y consolución,  
unificación de fuerzas  
para un mal  
o un bien.

Esto dista, desde luego, de la poesía. Es más bien casi una definición, una mala definición, no en su significado ético si se quiere; pero sí, en el estético. Igual sucede con el poemita titulado «MADRE».

A veces intenta hacer «poesía nueva», pero sólo se queda en el período inicial cuando se suponía que ésta y el humorismo y la frivolidad eran inherentes a su elaboración.

«Las pinturas se han escapado  
de las tiendas  
y bailotean  
un «fox-trot» en las caras  
femeninas.»

Sin embargo existe un poemita en «HAZ» que, aunque no satisface del todo, agrada por el espíritu que lo alienta y que

revela en Martínez de Aguilar una orientación no muy definida aun, no obstante que también se manifiesta en otras partes de su libro—pero que si se dedicara a cultivar y encauzar con dedicación, podría servirle tal vez para llegar a realizar algunos buenos poemas, pues en «SUBURBIO»—así se titula el poemita a que nos referimos—sugiere la posibilidad que apuntamos. Helo aquí:

«Las casas  
del suburbio  
forman una grande  
manifestación.  
Sus puertas,  
como las bocas desdentadas  
de viejos  
decrépitos  
y hambrientos,  
lanzan sus protestas  
de miseria.  
En las callejas  
sórdidas  
un olor de amoníaco  
asfixia  
el ambiente.  
Un conjunto  
de vidas,  
desorganizadas e irredentas,  
pasan envueltas  
en sus guiñapos  
de mendigas.»

No hay más en el volumen. Y es poco, muy poco en verdad. Pero, como dice el prologuista, el libro de Martínez de Aguilar «es un libro de impaciencia». El pudo haber dejado que se encontrara la ruta final para hacer acto de presencia del brazo de una perfecta lírica. Ha preferido abatir su silencio. Un libro de impaciencia, es cierto, y que debió haber quedado oculto para siempre en un cajón de escritorio. Con el tiempo, Martínez de Aguilar, pensará lo mismo.—A. T.

LÍNEA DEL ALBA, por *Juvenal Ortiz Saralegui*.

Demuestra, sin duda, progreso Juvenal Ortiz Saralegui en su última obra, progreso que se acentúa más claramente en la par-